

Claudio Rivas C.
AMERICA SIN NOMBRE

*En guaraní, la palabra arandú
quiere decir sabiduría y significa
sentir - el - tiempo.*

A. Roa Bastos. *Hijo de Hombre*

El silencio de un instante nos abre alturas y abismos que
queremos apresar en palabras.
El grito desgarrado de una eternidad nos cierra puertas
y puentes que no queremos ya cruzar.
Hemos aquí sabientes de lo que se nos ha ocultado:
El hombre es común-solitario en su luchar.

I

Nuestro pasado indígena no es paraíso.

La plenitud de vida que una falsa historia nos habla, es esperanza latente de un pueblo sojuzgado; es anhelo infinito deseado con verdad. No hubo paraíso, pero sí lo que yace hace tanto perdido; certeza profunda de lo que al hombre pertenece. Allá supo de pertenencia el hombre sufriente de su ausencia, supo de plenitud el dolido de carencia. Acá, el olvido es amo de lo que yace olvidado.

Nuestro pasado indígena no es paraíso.

Es hombres sobre hombres; riqueza sobre pobreza; amos sobre esclavos; violencia sobre miedo. (Todo nuestro hoy fue allí intento frustrado de ser; aquí, olvido de ser). Es largo tiempo de miseria; ausencia de esperanza; cantar de lo no encontrado. (Todo nuestro hoy fue allí rebelión no expresada; aquí, vagancia sin sentido). Es dioses sanguinarios portadores de la voz del amo; divinidades ocultas en la pobreza esclava. Todas las formas de hombres no

sientes tuvieron allí su expresión triunfante. (Todo nuestro hoy fue allí derrota amarga; aquí, triunfo vacío).

Nuestro pasado indígena no es paraíso.

El conquistador, viniente ya por su propia ausencia conquistado, trajo a esta tierra ya moribunda cantidad de futuro; pero el don fue maldito por tener ya donante, cadena impuesta sobre cuerpos débiles. El conquistador, cáscara vacía de fortaleza, asesina indios ya errantes, seres moribundos sojuzga; el mísero amo indígena presuroso se ofrece a los pies sucios que aplastan su cadena de esclavo. Aún todo continúa: hombres sobre hombres, amos sobre esclavos, violencia sobre miedo, riqueza sobre pobreza. El triunfo, derrota de inmensa profundidad, del conquistador sobre esta tierra que ya a nadie pertenece es la máxima pobreza del olvido olvidante desnudado en toda su crudeza.

Nuestro pasado indígena no es paraíso.

No es paraíso nuestro presente sometido.

Mas, aún hoy vive oculta, en las honduras de un profundo olvido, la palabra diciente en su mudez. Allí donde el padecer del dolor es instantes humillados de creciente miseria, vive. El indígena esclavo, siglos de esclavitud, y el pobre explotado, siglos de explotación, conservan en el fondo mudo de una vida que no se comprende la palabra olvidada que al nombrar crea. Los amos indios y los blancos, cargados de muerte saben, tras infinidad de falsos espejos que solazan su solo mirarse hasta el vacío infinito, de su falso hablar, sin pensar siquiera en el profundo por qué; saben de su fatuo mentir, saben del desolado desierto que oculta su poder, sin preguntar el profundo por qué. El saberse muertos (saber que nunca podrá ser indicio de vida) los hace cobardes huyentes de su propia situación. Ellos hablan sólo para oír el eco vano de su voz; sin cesar hablan: lo nombrado, vacío sin nombre, se torna bulla viciosa, ruido in-significante. Ellos escuchan, pobres máscaras que nada ocultan, con la seriedad vacua del que nada recibe. Los esclavos, los explotados en su miseria oscuramente silenciosa hacen de la palabra negra luz.

No es paraíso nuestro presente sometido.

II

Cuando fuimos pueblo-niño, ¿cuántas veces lo hemos sido ya?, conocimos en plenitud la fuente creadora de ríos y montañas, selvas y desiertos,

lluvias y sequías, mares y cordilleras, dioses y demonios. Cuando fuimos pueblo-niño nos sentimos una fuerza más entre las infinitas fuerzas del Todo. La muerte, espanto de los olvidados, no fue más que realidad viva, comunidad universal.

Invocamos tanto dios, fuerza natural, para dominar la vida que se resuelve en lluvias eternas, sequías abrazantes, terremotos arrasantes. Invocamos, pero como palabra de un mismo universo no tuvimos la 'fe' que es intento de apagar la vida: El sacrificio no fue purificador de culpa sino potencia generadora de vida jugante sumergida en el mundo. Lo que hoy llamamos sin comprender religión primitiva, entonces fue palabra plena: La palabra sagrada no fue de perdón, sino desafío violento creador de realidad. La divinidad aquella no pudo conmovirse con sacrificios y danzas que fueron forma callada o violenta de sabernos creadores sumidos en el torbellino vital-mortal que se expresa una vez allá y otras acá. La vida que nos recorrió transcurrió siempre sólo por lo que las palabras plenas podían nombrar: Nada supimos de misterios o dioses sin nombre; lo expresado en mundo fue expresión mostrante de sí; lo oculto no era en su falta de nombre, lo presente era en su realidad nombrante. El dios y el hombre, la piedra y el animal, el trueno y el rayo, el ser (nada supimos de la nada) fueron una y la misma cosa, puesto que su diferencia infinita la alimenta un mismo fuego.

Lo que hablamos, fuimos pueblo inmensamente callado, fue lo que habitamos. El decir todo brotó exuberante de la realidad que sólo quiere ser dicha. Nada supimos de fantasía, nada de palabras huecas. El río en su correr fue espejo creador de lo que en él se miró.

Fuimos pobres, hambre siempre hubo, miseria y frío. Fuimos llanto y mortandad, resignación y rebelión, amos y esclavos. Sin embargo fuimos entusiasmo vital.

No obstante toda vida tiene su tiempo pleno y lo sido, por creciente temor al futuro, comenzó su lenta agonía. El tiempo se volvió instantes dolidos, el espacio lugares vacíos. Nuestra triste agonía ya no se sorprendió ante la llegada extranjera. Los extraños fueron amos ante los ojos de un pueblo extranjero y esclavo de olvido. Nos trajeron de lugares desconocidos 'civilización', 'cultura' y 'fe'. Nos trajeron pozos más profundos para nuestro olvido y agonía. Nos sometieron con fuerza (debilidad del que ya tampoco se recuerda) y mercancía. De la fuerza sabíamos en tantas luchas conquistadoras de vida: resistimos (la resistencia fatua del moribundo de olvido) siendo vencidos. Mas de mercancía nada sabíamos (los moribundos inventan distintas formas de falsa vida); no sabíamos de 'comunicación', no sabíamos del 'saber'.

III

Ni siquiera recordamos ya el palpitar de nuestra tierra bajo los pies desnudos. Desde el origen hasta la agonía los niños han ido descalzos: No obstante hoy sólo saben de pobreza, otros de cemento. Nuestra tierra no nos pertenece: se ha vuelto ajena y violenta porque somos ajenos; permanece siempre abierta en el mismo lugar del universo, pero hoy sucede que lo nuestro no nos pertenece y nos consumimos débiles en la agobiante extranjería de todo lugar. La tierra está allí nuestra; nosotros, ciegos ajenos a lo nuestro, hacemos de hombre y tierra luchadores de triste espectáculo que se consumen hasta el fin. El hombre, desde sí perdido de todo lugar, levanta su espada violenta contra el sustento de todo su posible habitar. Nuestra tierra no nos pertenece: Los fuertes dioses que la habitaron, antes del lapso que tiene toda vida la abandonaron; el hombre, sin esperar que el tiempo se encargue de la inevitable sentencia de sus dioses, los deja en la triste sequedad del olvido para volverse derrotado lamento alzado al dios desconocido que nada sabe de nuestra exuberante y pobre verdad americana. Dejamos allí nuestro tiempo, abandonado, para errar solitarios en un tiempo que no podíamos llamar nuestro. Cuando fue descubierta esta tierra por el hombre y el dios extranjero, su habitante ya cansado la asesina con su fácil abandono. El descubridor y el explotador, a cambio de nuestra tierra convertida en dinero y guerra, han dejado nuestro ligero y cobarde olvido. De tierras lejanas vino nuestro olvido que no hemos podido hacer nuestro. Nuestras raíces fueron cortadas y no podemos encontrar en el mundo ajeno un lugar que recogiéndonos nos acoja. Todo lo que no es nuestro nos abrumba con su pesada carga de cadena; lo que nos pertenece, lejanía anhelada, nos abrumba con su ocultación.

Hemos perdido nuestro ser, no por haberlo en algún lejano paraíso poseído, sino por haberlo en nuestro tiempo buscado. Fuimos débiles, quizás como madre que va a dar a luz, y en el tiempo del cambio necesario como aparición destinal surgió violento el mundo extranjero. Tan débiles que la mercancía nos arrebató el futuro, que entonces, como hoy, desconocíamos. Débiles fueron aquellos que se abatieron ante el invasor que quisieron, y aún queremos, poderoso. Ayer, ocultándolo tras religión y traición, hoy, ocultándolo tras pobreza y 'progreso', sabemos que las raíces no pueden cruzar océanos (aunque allá y acá haya de levantarse el mismo árbol) y aún así todo nuestro vano esfuerzo ha sido ponerlas más allá de los mares. No hablamos ni buscamos la mezquindad de una tierra toda que se llame sólo nuestra; buscamos e intentamos decir el lugar de la tierra que nos pertenece, pues sabemos que el espacio que nos corresponde guarda en el ser llamado nuestro la potencia infinita de una naturaleza que sólo sabe de alturas que son del

hombre todo. No queremos una tierra prometida, queremos un hombre encontrado. Queremos lo nuestro, pues allí se oculta la fuerza inmensa que recobra al hombre todo que vaga perdido. Sabemos que nuestro indio vive cubierto con ropajes distintos en el norte como en el sur, en el oriente como en el occidente de la tierra toda. Las raíces que buscan sustento no quieren para sí sólo la superficie pobre que recorre su caminar ciego, sólo buscan su tierra como posibilidad de abarcar el universo todo. Los hombres todos hoy no tienen raíces. ¿Quién está amarrado a la tierra? Nadie. Todos pretendemos fatuamente hacer suelo de lo que no es más que pequeñez aérea: dinero, éxito, poder y vano prestigio.

IV

Si nos detenemos un instante a considerar nuestra situación con ánimo violento, nos asaltarán, con sus formas multicoloras, multitud de culturas y sistemas de todo tipo llegados desde los más variados lugares extranjeros. Son fuegos de artificio que la mayoría sumisa rechaza unos por otros. No obstante la creciente velocidad de rechazo de lo que impuesto se muestra estéril, nos habla en profundidad de que pertenecemos con insistencia desquiciadora a ninguna parte. Nuestro lugar permanece entonces como lo más pesadamente olvidado. Asustados los más cobardes huyen al pasado, proclamándolo la única certeza que nos posee. Los oídos deben ensordecirse y los ojos encegüecerse, de otro modo el espectáculo cruel exhibiría la verdad de nuestra ausencia. El pasado, como dios sin creaturas, se burla de sus veneradores que sólo encuentran allá la plenitud bárbara de lo que aquí yace destruido. Los ojos ciegos proclaman al mundo que allá se encuentra la multitud de ausencias que aquí vivimos. ¿A nadie sorprende que huyendo hacia lo una vez abandonado encontremos lo por siempre buscado? Por cierto que no: sólo encontramos lo que pone una mano hipócrita que se oculta este su poner. El pasado fue grande se nos dice, y quiero decir que estamos ya hartos de esta pequeñez. Sí, quizás el pasado una vez fue grande, pero ¿por qué profanar templos que yacen hace tanto dormidos? Su grandeza no interesa ponerla en cuestión. El asunto grave reside en que aquel que está sumido en la ignorancia de su lugar, ve en aquella grandeza la puerta de escape a su infinita pequeñez. Pobre vagabundo esencial: Recuerda grandezas, las alaba, las venera, haciendo oídos sordos a lo más propio de ellas, a lo único que con certeza poseen: su fue. 'Nuestro pasado fue grandeza' se dice con monotonía sorda y los pobres olvidantes oyen 'nues-

tra grandeza' y sólo ello. El olvido fundamental que nos apresa hasta casi hacernos morir se apodera presuroso de lo que podría ser débil luz en unos ojos soñolientos: 'el pasado fue'. Elevamos la voz para decir: Sí, el pasado quizás fue grandeza, pero el pasado fue y ello es lo único que sustenta todo su ser. No intentemos, pues, buscar un imposible lugar en lo que fue. El pasado nos está vedado como lugar de estancia. El intento falso de habitarlo no es más que un triste espectáculo que ofrecemos en honor de nuestro olvido: huyentes del hoy, olvidantes del mañana y, pobres sombras, habitantes de lo que ya no es.

V

En la misma forma tormentosa en que nos acosa el tiempo, errancia de hoy, olvido de ayer y mañana, con su no reconocernos reconociéndolo, nos acosa también el espacio, deambulado hoy, perdido ayer y mañana, con su no pertenecernos perteneciéndolo. Nos oprimen hasta perdernos ruinas y máquinas en que no hemos podido encontrarnos; nuestra vitancia, hace ya tanto confundida por olvido, no podemos posarla sobre el lugar que acogiendo nos acoja. Tierra y hombre ya no van más por el camino creante de su mutuo juego de niños. El hombre ya nada sabe de juego; la tierra, por no poder olvidar, prosigue su caminar transformándose así, a los ojos del vanidoso herido, en enemiga cruel que es necesario detener. El juego tierra-hombre cuando el hombre olvida, se transforma en lucha desigual: la tierra prosigue su juego, el hombre en cada mirada se sabe vencido. Somos pueblo sin casa si hablamos desde el hombre, y la tierra habla de casa sin pueblo. Somos pueblo sin casa: el dejar paisajes desérticos o selvas exuberantes de fuerza por ciudades oscuras pobladas de fantasmas añorantes de vitalidad corpórea; la muerte, por llegado y olvidado el tiempo del futuro, de nuestros indios, asesinados en su debilidad por el conquistador venido en el tiempo justo en que el hombre no sabe ya más que del profundo vagar del hoy que no sabe ser mañana; muerte mostrante en tanta ruina majestuosa, lo mismo que en cántaros de barro que ya no saben de pozo. Permanecer en lugares polvorientos llenos de ruidos maquinales que al oído seco del hoy insistente aparecen como amenaza cierta de una paz hace ya mucho perdida: somos pueblo sin casa.

Los ojos lejanos que sin ver nos miran y nuestros propios apagados ojos hacen surgir la voz perdida que dice de nuestro distinguirnos por la cercanía que guardamos con nuestro ámbito propio. Pero, henos aquí vagabundos sobre la tierra, aquejados de fundamental nostalgia de nuestra cercanía.

Lo que se ve como naturaleza virgen que el hombre no abandona, es seco desierto que el hombre ya no sabe cómo guardar siendo guardado. Los lejanos ojos murientes buscan siquiera la falsa luz imaginada en su grande oscuridad; los próximos ojos murientes buscan un lugar lejano de fantasía ante la oscura figura sin rostro que quieren evitar ver. Nos llama, en la profundidad muda del olvido que hondamente nos pierde, nuestro lugar propio en medio del entusiasmo intenso del trueno y los sismos, danzantes poseídos del hondo manifestar la tierra su plenitud. Pero nos ocultamos temerosos el camino de regreso al lugar intensamente armónico de la confluencia vital tierra-hombre. Somos caminantes vagabundos que por no entender el lenguaje claro de nuestro origen, que yace olvidado como dador de sustento y recordado sólo como formas muertas aprisionadas de pasado, nos consumimos en la errante orfandad del no tener un lugar donde descansar nuestros ya desfallecientes pies. Así, las tormentas sobrevienen sólo sobre aquellos demacrados rostros cansados que no encuentran donde habitar.

Sin embargo aún guardamos en nosotros lo que hoy se torna dolorosa noción de pertenencia: Sabemos, o queremos desafiantes saber, que nos corresponde un lugar que debe ocultar su rostro tras tanta errante historia que nuestro olvido nos ha hecho recorrer; sabemos que más allá de tanta ruina descubierta y venerada por el acoso incesante de nuestra propia ausencia, se encuentra el rostro vivo que está vuelto hacia el futuro, que clama, con voz imperiosa, el dominio pleno del hoy detenido en vacío. Desde nuestro origen, pasado y futuro devenientes en hoy, brota la fuerza motriz que nos hace partícipes del olvidado juego incesante hombre-tierra. Sabemos que nuestro centro es pasado y futuro y nuestro destino el moviente hoy. El intento, nacido de olvido, de regresar al sitio aquel, que ya no podemos reconocer, que nos fue, es profundamente vano, es reflejo extremo de nuestra extrema miseria. Si ganáramos abrir, por un instante siquiera, el corazón en nuestros ojos cansados y mirar serenos la multitud de nuestros fue, no podríamos sino justamente llamarlos ruinas, sabiendo que las ruinas lo son, pues su estar allí es imposibilidad de habitar. Tanto lugar perdido, que exhibido no abandona su estar extraviado para nuestro olvidante hoy, que hacemos surgir ruinoso en nuestra búsqueda cínica o ansiosa, no es más que violenta palabra del pasado advirtiéndonos lo abandonado que fuimos para que no intentemos un imposible y desquiciador regresar. Las ruinas claman desde su muerte lo que les pertenece: monumentos fúnebres, levantados por hombres o murientes, que nada quieren ya saber de vida. El regreso a un lugar ya una vez habitado, es lo que por sentencia del espacio y tiempo no pertenece a hombre alguno que derrama vida.

Comprendamos. (Llamamos comprender el ver con nuestros ojos lo que otros ojos infinitamente distintos vieron. Lo visto es lo mismo por ser la misma mirada la que mira, pero originariamente distinto por ser otro el tiempo que sostiene todo mirar). Comprendamos nuestro pasado lugar de estancia y nuestro vagar errante pasado; comprendámoslo así como podemos comprender la muerte como eterna dadora de mortal vida. No obstante es necesario que no persistamos en nuestro vacuo intento de revivir lo hace ya mucho frío: Ni todos los infinitos soles del universo pueden calentar el altar de piedra que en un tiempo ya sido, fue vivificado con la hirviente sangre sacrificial. Los altares en ruinas son roca fría que nada sabe ya de dioses y plegarias: la piedra no guarda sacrificios más que cuando es mano de dioses y cuchillo sacerdotal. Cuando su tiempo es ido no quiere ya ser molestada por profanadores vacíos que nada saben de sí.

Los pueblos muertos por falta de vitancia de hombres no son más que niñez abandonada por una peligrosa madurez. Los pueblos muertos, desde el futuro son niños caminantes hacia hombres. La muerte en los pueblos tiene rostro de niño viajando hacia la juventud, en los hombres tiene rostro de madre dando a luz. Dejemos, pues, las ruinas que sin saber llamamos nuestras, hablándonos lenguajes, que si bien podemos con el corazón abierto de vida comprender, jamás podremos volver a pronunciar: La palabra brotada de boca sonriente jamás podrá ser ruina sino creación constante de habitación. No son sólo ruinas aquellas construcciones monumentales, pobladas de turistas fatuos, que miramos sin ver en México, Perú o Bolivia. Ruinas son también la ruca de barro que no ha resistido el tiempo y aquellas que resistiéndolo guardan al sufriente de los hombres olvidantes; ruina es la totora cálida que se esfuma en el olvido de su espacio, o se torna prisión de aquel olvidante de espacio. Ruinas son los caminos en la selva no pisados por hombre; las tardes calladas de máquinas de la pampa gauchesca. Ruinas son el alba llena de galopes huasos, el cantar (que no sé por qué nos empeñamos en llamar triste) de los indios bajo el cielo altiplano, la energía guajira, los llaneros solitarios. Ruinas son la paz que se nos impuso, la fiesta que ya no bailamos, los dioses estrellas apagadas. Ruina es el hoy insistente que no quiere ser futuro. Ruina es lo que habitamos y por sentencia del tiempo nos abandonó; es lo que hoy vagamos y por sentencia del espacio nos poseyó.

VI

Viajante sediento busco la fuente que aplacó la sed de nuestros padres indios (las aguas no son ya las mismas, sólo la sed perdura en los tiempos). Sólo sé

de sus tierras puras de cántaros, de sus piedras de hachas, de sus barros de ruca. El Tiempo sólo guarda lo que no resiste al tiempo. El espacio conserva el lugar mudo que no es posible ya habitar. Busco el lecho sensual cubierto de gozo siempre naciente, que oyó de los placeres vivos de mis madres originales. Sólo sé de sangre de doncellas, intento de aplacar la naturaleza en su fuerza inmensa; de espíritus malignos, pobre disfraz que pone a la vida plena la dolida carencia; de tiranía cruel, fantasma que elevan al cielo los corazones esclavos. Sólo sé de sumisiones, de temores, de huidas: de vida que inexorablemente se aleja. Entonces busco: busco la tierra cubierta de múltiples senderos poblados de vida; lo que nos hace huérfanos de la potencia inmensa que en un tiempo no recordado se llamó dios sin religión; busco lo simple que se expresa en vida, la palabra que es poesía, la mirada que es recipiente de luz lleno.

Hemos visto, con ojos ya cansados, tanta miseria que se desparrama como peste por la tierra que debe ser nuestra; tanta oscuridad poblada de crímenes, bajo un sol inmenso que no traspasa nuestro olvido; tanto guerrero de oro, débil olvidante que vaga sin ya siquiera saber de hogar. Tanto hemos visto y en nada nos hemos visto. Nuestras manos débiles ya no acarician sino golpean, no bendicen sino maldicen, no forman pozo de agua sino vacío de riqueza. Nuestras manos para estar limpias deberán hundirse hasta el fondo de la tierra y alzarse puras en terrenal ofrenda de armonía con el universo todo. La debilidad que nos posee trae atada a sí el aparecernos como agobiante eternidad sida e inerme futuro ser; pero en el tiempo de la vida no es más que el breve lapso entre las notas de una sinfonía. Nuestra mirada abierta debe comprender: nuestros ríos que yacen allí violados para la oscura luz, son para aplacar nuestra inmensa creciente sed; nuestra tierra agonizante de sangre y explotación, es para nuestro pan y humilde morar; nuestro aire mortalmente cargado de desperdicios y muerte de un hombre muerto, es para nuestra vida que es aliento y el aliento voz. Lo que hay vemos naturaleza desfalleciente por profanación profunda del desfalleciente hombre es lo que una vez vimos, y aún sin ver miramos, como ímpetu irresistible de constante creación. No sabemos ya de creación y, con palabra dicente de nuestra miseria, alzamos vanidosos ante la creación ausente nuestra 'invención'. Inventamos, pues sólo podemos sacar cosas desde el vacío que nos hemos hecho; no creamos (el tiempo sustenta creación; inventa el desarraigado de tiempo), pues no tenemos sustento para apoyar lo que surge desde la infinitud del pasado y futuro amalgamados en la plenitud de un devenir presente. Inventamos aquel que no tiene, crea el humilde que da de sí. La creación muere allí donde sólo se sabe de utilización; allí donde clama la esencial privación. De esta suerte el hombre ya no puede con su pesada carga vacía; el hombre

se arrastra aplastado de olvido. La cadena del universo se rompe en un débil eslabón y el Todo cae a los abismos de la no significación. No obstante aquel que cree en el ser del hombre sabe que mientras más presurosa es la caída, más son también los gigantes humildes que recuerdan intensamente de su ser. El recuerdo pertenece más al que más sabe de olvido.

VII

Cuando ufano, como viajero proveniente de tierras misteriosas de todos desconocidas, se proclama la vacuidad extrema de nuestras palabras y con voz engañosa, que no se comprende a sí misma cabalmente, se eleva un docto discurso anunciando un nuevo invento: la palabra es plena cuando se encuentra escrita en la soberbia obra de nuestros venerados literatos; es porque los hombres ya no comprenden lo que ellos mismos hablan, es que los hombres ya ni siquiera saben que la poesía es dolor surgiente de una vida trágica que lucha por alcanzar lo que desgarrada su voz habla.

Así pues, dicen los que hablan estas cosas, Latinoamérica tiene su expresión profunda y propia en la palabra escrita de novelistas, 'poetas' y 'poetas'-novelistas. Nuestro nombre misterioso debe ser buscado en las frías cavernas de lo que yace escrito; recluso, como mensaje de vida surgiente de una añeja biblioteca ya muerta, en la prisión estrecha de la palabra que está allí plasmada sólo como un desesperado intento de romper el mezuquino marco traicionante de lo petrificado en extrañas letras. Lo escrito, llamado por el poeta imagen muerta de lo que sólo puede estar vivo, es la radiante faz de la vida que podríamos llamar nuestra. Los que dicen estas cosas quieren hacer de lo muerto portador de vida. Lo nuestro es movimiento no quietud escrita. El literato alza su voz para mostrar al ciego el fango que pisa; el poeta, ausente por siglos, no posee nada que mostrar, su palabra viva es creación constante. El poeta repite en todos los tiempos su misma palabra que es el Tiempo. Nuestros escritores hablan para reflejar en sí la verdad violenta de un hombre muriente; son denuncia hecha palabra, son momentos vividos repetidos en escritura. El poeta enuncia el Tiempo, es la voz constante que recorre el devenir eterno. Nuestros escritores no son más que reflejo fiel de la situación del hombre que no se sabe, expresión escrita del profundo no habitar. ¡Y los que saben estas cosas exclaman siempre sumidos en la vacuidad: He ahí lo que nos pertenece!

Los que saben estas cosas, como esa multitud de sordos que oímos a cada instante hablando de mil cosas huérfanas, tienen la resonancia vacía de un

monótono golpear de martillo no movido por mano humana. Se amontonan presurosos tras los justamente llamados, en el ámbito de la palabra no significante, medios de comunicación. Hablan un lenguaje que sin duda es universal y dice de la triste realidad de nuestro tiempo: lo universal es lo que pertenece a todos, sólo porque todos pertenecen a ninguna parte. La obra que para algunos escritores no es más que descarnada mostración del mal que esencialmente nos aqueja, para los que saben estas cosas es imagen feliz de lo más propio que nos pertenece. En el mundo de la palabra no significante todo se vuelve uniforme: Nada significa, pues todo significa lo mismo: la situación mísera del hombre olvidado de fundamento.

Algunos, engañados por los que de estas cosas entienden o por su misma situación ignorante de sí, intentan desesperados o esperados buscar en los tan famosos escritores de esta tierra la mostración mágica del lugar misterioso que pertenezca a todos. Los escribientes del vacío que coge al mundo se transforman de esta forma en heraldos de la verdad, en santuarios venerados no profanados por olvido, incansable profanador. Los heraldos, es cierto, anuncian la verdad, pero es la verdad triste de un mundo que se consume en la ignorada falta de hogar. Los santuarios, también es cierto, son venerados, pero veneradores son los grandes olvidadores de lo que los hombres son. De este modo la búsqueda misma que quiere encontrar en lo escrito la luz de un pueblo oscuro, fatalmente, por el hecho de tener su propio origen en el olvido de la falta de sustento del hombre, es aprisionada por el mismo vacío que cubre el todo. Los 'poetas' entonces ya ni siquiera son llamados malditos y se les rinde culto como íconos dorados que casi inexorablemente se vuelven fatuos admiradores de su propio brillar. Los feligreses, poseídos en las propias redes de su olvido, temen ser adoradores sacrílegos que ignoran lo adorado, llaman, pues, en su auxilio a un vago colectivo inconsciente que les hace, sin saber por qué ni cómo, saber del lugar que guarda lo sagrado. El lugar es repetición monótona: ninguna parte. Así los nuevos y vanos sacerdotes de la palabra, que reposan su falsa beatitud en esta multitud idólatra, se convierten, sin que sus ciegos ojos puedan saberlo, en el sarcasmo viviente de lo que yace olvidado. La palabra no necesita de sacerdotes más que cuando es forma sin expresión; la palabra plena de significado busca una sencilla boca humilde que manifieste su crear. Hay otros de los que se llaman escritores que huyen magnánimos de fieles y discípulos: quieren hundir su prédica en la vastedad muerta del desierto; el verdadero santuario les parece la infinita sordera de las arenas abrazadas por el sol. Quieren ser venerados por sus discursos efusivos, misteriosos y mágicos; sólo logran poblar de fantasmas el vacío que los rodea. La palabra entonces inventa, pero, al igual que el mundo, su creación es fantasmagoría, vacuidad de ilusionista.

Pero los ocultadores de olvido prosiguen inmutables (¡cómo ha de moverse lo que no tiene sustento!) su canto de voces mudas: lo que pertenece a Latinoamérica se manifiesta en la palabra de sus escritores. Pues bien, si queremos que esta afirmación diga algo deberemos ir más allá del habla que no se entiende: La búsqueda de la pertenencia se detiene en el no saber de sí. Sí, nos pertenece el escribir de nuestros sagrados escritores, pues somos tristes vagabundos que pertenecen a ninguna parte. Nos pertenecen infinitos mundos imaginarios, reflejos del mundo faltos de 'originalidad', sólo por su ser imaginarios. Nos pertenecen infinitas denuncias de nuestra pobre situación, sólo porque es pobre nuestro crepúsculo; nos pertenecen infinitas conciencias claras del violento hoy y sus relaciones, sólo porque estamos ya hartos del hoy y sus oscuras relaciones. Nuestros venerados escritores son la más pura expresión de la no pertenencia.

Se intenta también con frecuencia llevarnos a un pasado remoto que por algún imposible retorno del tiempo tenga el poder de ser al unísono nuestro futuro. Sin embargo, ni siquiera podemos desentrañar la fuerza que alimenta nuestro pasado y nos quedamos orgullosos ante el testimonio trágico de un cúmulo de ruinas. Lo que fuimos cuando indios lo guardan paisajes mudos en su grandeza que no descubren los ojos de topos de los profanadores de tumbas de dioses y hombres. Las ruinas están allí como testimonios puros de lo que ya no puede cobijar vida, como grito desgarrado de un pasado muerto por no saber convertirse en futuro. Los palacios y templos son lamentos mudos que fijan sus ojos en un mañana que es flecha que abandona el arco para surcar el espacio en busca de un blanco lejano.

Si andamos tras nuestras raíces, tras el lugar para su posarse, no queremos con ello permanecer sumidos en la oscuridad de la tierra. Sabemos que las raíces no son y no podrán jamás serlo, nuestra propia altura; son sólo la fuente infinita que sustenta cualquier habitar aéreo. Los buscadores de raíces frecuentemente se convierten en topos miedosos de los pies que pisan su techo. Las raíces son sólo nuestro sustento, el apoyo que necesita nuestra tierra para alcanzar las alturas infinitas de nuestro universo. El sustento es dador por excelencia. Está allí para permitir lo que por sí le está vedado: sólo el suelo que cobija raíces puede elevarse hacia el sol. Fuimos indios: abrimos corazones palpitantes para beber su sangre temerosos de la vida; cubrimos de oro cuerpos de amos ocultando cobardes la igualdad de toda vida; explotamos y servimos; tiranos y siervos fuimos. Fuimos leyenda de bravura, ¡siempre leyendas!; hombres en tierras inhóspitas, aún entonces no teníamos hogar; machis y sacerdotes fuimos. Fuimos. Somos pasado

que es lastre; miedo al futuro; conquistadores fatuos de lo ya conquistado; olvido de posibilidades; hombre de olvido humillado somos. Somos. Seremos vacuidad frustrada o plenitud creadora; pequeñez inmóvil o hermandad danzante seremos. ¿Seremos?

Departamento de Filosofía
Sede Santiago Norte